

# ALBERDI -- ENSAYO LINEAL

---

## Panorama histórico

¿Qué cosa queremos? es una pregunta que nunca se supieron plantear con claridad las masas que contribuyeron a la independencia de los pueblos sud-americanos y que no supieron resolver sus próceres y fundadores. No han sido las ideas las que han llevado a la solución; los hechos que se precipitan rompiendo el dique de lo previsto supieron despejar la incógnita de una ecuación que no llegó a enunciarse. Las ideas—como sucede en la jurisprudencia de Inglaterra han seguido las huellas de los hechos; quizá aquí por falta de conciencia cívico-jurídica y allá por madurez y fijeza de la misma.

De la masa inculta no se puede exigir ideas: no piensa. Más de los hombres de élite—que llevaron a cabo la revolución,—de los pro-hombres se debe exigir ideas definidas y constantes. Ellas fueron raras—muy raras en el suelo americano. La cambiante—y aún no definida—ideología de Bolívar, el vacilante credo político de San Martín, la indecisión de los primeros gobiernos efímeros en América, la autocontradicción de la mayoría de los próceres y estadistas de la gesta de la Independencia son prueba que los programas se amoldaban a los hechos y las ideas consultaban medrosas la realidad antes de producirse.

En los fisiócratas y los enciclopedistas encontramos las fuentes de las aspiraciones de independencia, aspiraciones vagas, eclécticas e imprecisas como sus fuentes. La enciclopedia—todo de ideas—ideas de todo, nada. La fisiocracia, postulado de libertad ilimitada y por lo tanto indeterminada. No podía surgir de un foco que desparrama la luz en todos los sentidos una centella que apuntara a un instante del espacio, había de ser una mera vibración luminosa, mendiga de meta, la que sirviera de guía a la América Hispana.

Se quería libertad, independencia, igualdad, ¿quién sabe si sólo por romanticismo o porque algo había que desear? Muy pocos fueron los hombres que supieron de antemano qué se proponían con la guerra contra... No era contra el Rey, ni contra España, al principio. Después los hechos—la guerra—indicaron que era contra los ejércitos españoles contra la opresión española, contra el Rey. Los primeros gritos sentimentales, dados en varias partes del continente, que tuvieron por fruto el fracaso, no tenían idea fija, tenían meta difusa, querían algo, mas no sabían qué.

Sólo más tarde cuando se vió América sin Virreyes ni Capitanes Generales, se pensó en qué cosa se había de hacer de estos países reconquistados: surgieron proclamas, proyectos de construcciones y estatutos que, tratando de guardar equilibrio entre lo ideal y lo real, tuvieron que ceder ante la evidencia de los hechos. ¿Y que era los hechos? Los caudillos. A falta de ideales precisos, palpables, claros, surgieron individuos que decían tener en sí el ideal y así como Buda—el sacerdote—se convirtió en Dios, así los caudillos—relicarios de los ideales—se convirtieron en aspiración, luz, idea. El caudillo es para la masa el sustituto del programa y del ideal. Un partido necesita uno de estos dos seres—hombre o concepto—que lo sepa guiar. América sólo tuvo un ideal negativo: sustraerse del poder de España, y cuando necesitó un ideal positivo, buscó uno de carne y hueso; el caudillo.

Los extremos se tocan: el Reino Unido, el país más maduro en instituciones políticas, tiene como símbolo un hombre: el Rey. Los partidos de América Latina—que nacían a una nueva vida institucional—tenían como meta un hombre: el caudillo. Sólo el tiempo había de sugerir la idea de una revolución de los ideales contra los caudillos.

El antiguo Virreinato del Río de la Plata tenía aparte de estos caracteres genéricos, rasgos específicos. Al caudillismo como dirección vertical se puede añadir una línea horizontal: la lucha entre provincia y capital, entre Buenos Aires y el resto de Argentina. Estas luchas se ocultaban a veces tras el binomio de unitarios y federales o de liberales o conservadores pero en el

fondo bullía una cuestión completamente distinta de la que aparentaba la superficie. Existían en la Argentina dos fuerzas, aliadas para mantener su hegemonía, enemigas en cuanto querían despojarse mutuamente: la oligarquía de Buenos Aires y los mandones de las Provincias.

Estas dos formas—dos puntos de referencia—se disfrazaban hábilmente, desaparecían de la superficie y actuaban por lo bajo, raras veces aparecían libres de toda máscara. La primera fuerza, la oligarquía bonaerense de ricos comerciantes, era un ser: la segunda, los mandones era un “devenir”. La una, que actuaba desde la ciudad populosa y cercana a la civilización, era siempre en su esencia la misma, era continua e idéntica; la otra que partía de la pampa y de la pequeña ciudad provinciana, se componía de fenómenos sucesivos y simultáneos, cambiantes y diferentes los unos de los otros.

La fuerza de la burguesía de la capital fué favorable a la emancipación en cuanto quería tener libertad de comerciar con todos los países. El régimen de monopolio—adulciguado con el tiempo—impedía que esa tribu de ricos comerciantes desarrollara sus actividades sin rémoras de ninguna especie, por eso fué partidaria de una separación de la metrópoli con el objeto de gobernar autárquicamente en la ciudad (y si era posible en las provincias), conservando todos los privilegios que le correspondían a Buenos Aires por gracia del Rey y—fuera de ésto—la absoluta libertad de comercio y monopolio de la aduana exterior; no debe entenderse, con ésto, que solamente los móviles de carácter económico provocaron la emancipación de las Provincias del Plata, todo lo contrario—dígalo la resistencia a las invasiones inglesas en 1806 y 1807—lo espiritual, lo vital, lo supramaterial influyó preponderantemente en la gestación de la Independencia.

La otra fuerza nacía en la pampa y florecía en las capitales de las antiguas intendencias. El mandón, gobernador o como quiera llamársele, apoyado en los gauchos y arrimado al cabildo—expresión rudimentaria de la democracia—había arrojado al antiguo intendente y, gozando de las amplias facultades de este funcionario regio, tenía en su mano todo el gobierno de la provincia. Toda intromisión, sea de un gobierno nacional o del de Buenos

Aires, significaba para él un atentado contra sus fueros que trataba, por lo tanto, de rechazar. Por este motivo, se separaban provincias y surgían guerrillas, que, aumentadas por las insurrecciones de los caudillos rivales—buscadores de colocación política—convertían el territorio argentino en un constante campo de batalla. Y no hay peor Mecenaz que Marte.

La burguesía de Buenos Aires quería conservar su prepotencia económica y conquistar el gobierno del resto de las provincias. Los mandones, por su lado, defendían su situación de tiranuelos y trataban de arrebatar los privilegios económicos a la capital.

Al lado de estas dos fuerzas de carácter material, existía rutilante, aunque en potencia poderosa, lo que podemos llamar la idea de organización. De una élite había salido la revolución, que fué secundada—en parte—por las fuerzas materiales; de ese mismo grupo quería nacer la organización de la república. A él pertenecieron Moreno, Rivadavia, Alvear, San Martín y en general todos los afiliados a la logia Lautaro.

La organización requería el restar poder a las provincias y la abolición del monopolio de Buenos Aires. De allí que los federales—mandones—y los conservadores—burgueses capitolinos—se uniesen a menudo para combatir al enemigo común. El partido saavedrista y el gobierno de Dorrego son ejemplos de esta simbiosis. Mas en otras ocasiones cuando Buenos Aires trata de adueñarse del poder de las provincias—como sucedió con el congreso de Tucumán trasladado a Buenos Aires—los caudillos del interior protestan y se separan enemistados de sus antiguos aliados. Pero sólo una de esas dos fuerzas era capaz de actuar con plan: Buenos Aires; la otra cuando se desprendía de este cerebro económico, seguía actuando, así como los muñecos mecánicos, que se mueven porque tienen cuerda.

Fuera de estos dos focos que polarizaban la política argentina se pueden señalar los jacobinos y algunas tendencias en las provincias del litoral, que no son más que reflejos sobre las aguas del Plata de estas fuerzas materiales confundidas con una centella de la ideología organizadora.

Fuerzas materiales y organización luchan por el poder, la Victoria favorece ya a ésta, ya a aquellas, hasta que al fin “la

negra noche de la historia Argentina” marca la supremacía del caudillismo.

Al principio el federalismo conservador representa la unión de las dos fuerzas argentinas, pero más tarde Buenos Aires absorbe el poder de las provincias y lleva a cabo la unidad, mediante la cooperación de los federales, mientras los unitarios—caballeros de la idea—combaten a Rosas desde fuera.

Sublevaciones de caciques despreciados por la fortuna y esfuerzos de la tendencia organizadora se suceden en su marcha hacia el fracaso; llega 1852 y los clarines de Monte Caseros anuncian vibrantes el fin de los caudillos y el triunfo de las ideas.

### Vida

El mismo año que la revolución argentina (año X) nació en Tucumán Juan Bautista Alberdi—el eterno viajero. Pasó a estudiar a Buenos Aires donde se destacó como aplicado alumno de jurisprudencia, literato de salón y virtuoso de la música. Emigrado a Montevideo, a fin de combatir a Rosas, opta el grado de doctor en derecho y es simultáneamente articulista—“Figarillo”—secretario del General Lavalle, socialista romántico—estilo Saint Simon—y galán enamorado. Su viaje a Europa le da ocasión de conocer Génova, París y ciudades ibéricas de importancia, en las cuales se pone en contacto con los adalides del movimiento intelectual de la época y deja relegado en el olvido la antipatía que abrigaba contra Europa y en especial contra España. Pasando por Río de Janeiro y Patagonia llega a Chile, a Valparaíso, donde es el abogado de nota, el jurisconsulto afamado y el periodista altanero. Desde “El Mercurio” combate, así como Sarmiento y otros emigrados, la prensa asalariada por Rosas y sabe dar esplendor al instante cultural chileno. Obras sobre legislación, la biografía del General Bulnes y otros opúsculos anteceden cronológicamente a la publicación de las “Bases”—el libro fundamental,—a “Los Elementos del Derecho Público Provincial Argentino” y “El Sistema Económico y Rentístico,” libros, ambos a dos, que vienen a ser el complemento del pensamiento expuesto y defendido en las “Bases”.

En 1855 se embarca para el viejo mundo, pasa por Estados Unidos de América y con el cargo de Ministro Plenipotenciario visita algunas cortes Europeas. En 1860, después de haber obtenido el reconocimiento oficial por España de la independencia de Argentina, renuncia a todos sus empleos para retirarse a vivir a una solitaria y pequeña aldea, refundida en una provincia francesa. Amparado por la tranquilidad se dedica con afán al trabajo —héroe del pensamiento— y a estudiar desde lejos, vale decir con imparcialidad, la situación argentina. Sus innumerables enemigos lo combaten, lo llaman traidor por haber defendido al Paraguay contra las pretensiones del gobierno de Mitre y clamado ante la injusticia de la invasión de ese país. Alberdi obsequia a sus detractores al comienzo con su glacial indiferencia, pero más tarde, al ver que nadie se atrevía a defenderlo, publica en París (1874) "Las Palabras de un Ausente," en que justifica su actitud y reprueba nuevamente el método de los gobernantes que entonces regían la República Argentina.

En 1879—sarcasmo—se acuerdan los tucumanos de él y es elegido diputado por su provincia. Regresa a su patria después de 40 años de voluntario ostracismo para conocerla a fondo, para poder sentir el latido de su corazón, pero desilusionado y melancólico regresa a Europa con un insignificante cargo consular. Su obra "La Argentina consolidada en 1880" es el recuerdo que deja a su patria, obra en la cual hace su definitiva defensa y demuestra que Argentina marcha—gracias al impulso del Altísimo— a su consolidación nacional.

Pobre y solitario, literalmente andrajoso, expiró en una cochera en Nueilly Juan Bautista Alberdi, "el tántalo del amor y del aplauso."

### Obras

Ocioso sería hacer un catálogo de las obras de Alberdi. Basta anotar las más principales de éstas, aquellas que pueden servir de pauta para el conocimiento de la ideología del autor.

En Buenos Aires colabora Alberdi en el periódico "La Moda" y publica su "Fragmento Preliminar a la Historia del Derecho" en el cual da muestra de su amor a la patria y a la ciencia pú-

blica. Durante su viaje a Europa escribe "Veinte Días en Génova" amalgama de elegancia literaria y preocupación didáctica, y de regreso al dar la vuelta al cabo de Hornos—rumbo a Chile—compone, con cierta influencia byroniana, "Tobías", su última obra de carácter no científico, que tiene sabor sociológico y filosófico.

Dejando ya de lado sus aficiones literarias—que, pese a las insinuaciones de sus amigos Echeverría y Gutiérrez, no prosperaron—escribe en Valparaíso la "Memoria sobre el Congreso General Americano" en que sostiene cinco puntos fundamentales: revisión de la carta geográfico-política americana, equilibrio económico y militar de las naciones americanas, facilitar y reglamentar la navegación, reconocer el derecho de intervención entre los países de América y amistosa política con Europa. "La República Argentina 37 años después de la Revolución de Mayo" es una insinuación que hace Alberdi al resto de los argentinos, para que—depuestas las armas—se unan a fin de llevar a cabo la organización nacional.

El libro "Las Bases" representa el núcleo, el momento máximo del pensamiento de Alberdi, y a él nos referiremos más adelante. Después de las famosas "Cartas Quillotanas", en las cuales polemiza con Sarmiento, publica, ya en Europa y con relación al retiro de la provincia de Buenos Aires de la Confederación Argentina, un opúsculo en el cual concreta su pensamiento acerca de esta cuestión (federalización de Buenos Aires). "El Crimen de la Guerra" y "La Vida de Wheelwright"—biografía de un rico industrial—completan este cuadro sintético de las obras del autor que comentamos.

### Las ideas básicas

Prescindiendo del aspecto literario de Alberdi, podemos decir que se le puede considerar desde tres puntos de vista: como sociólogo, como internacionalista y como inspirador de la constitución argentina. Bien es cierto que separar estos tres aspectos es descuartizar la obra de un hombre, atentado que sólo se puede realizar en obsequio a la claridad y método y con cargo de pre-

sentar al autor posteriormente en su verdadera e íntegra realidad existencial.

José Ingenieros ha sabido—a mi ver—con grande acierto señalar siete postulados sociológicos que se desprenden de los Estudios Económicos de Alberdi y en especial de “Las Bases”. Estos postulados están en estrecha relación entre sí y se derivan—con toda lógica—los unos de los otros. El primero consiste en afirmar la existencia de una sociología neta y absolutamente argentina. A continuación y coincidiendo con Lastarria, Bello, Montufar y otros sostiene, como segundo postulado, que la civilización de América no es la indígena sino la europea, que Europa se ha extendido sobre América y que por lo tanto es ilógico pretender una rivalidad o pugna entre estos dos trozos de la misma cosa; el viejo y el nuevo mundo. La necesidad de formar una población de raza blanca, el hacer de Argentina una verdadera nación europea viene a ser la tercera afirmación. Subordinando el crecimiento cuantitativo al cualitativo cree que gobernar es poblar, entendiéndose por poblar: instruir, educar y moralizar. Para civilizar por medio de la población se hace menester una población civilizada, una inmigración apta y sana, la cual fomentará la libertad y la industria. Los anglosajones deben equilibrar la raza árabe-hispano—indígena que actualmente vive en la pampa—pero de tal suerte que conservando la tradición y la nacionalidad se llegue a cambiar de población. ¡Este es el cuarto postulado. El quinto se refiere a una educación adaptada al medio. La política económica, es decir el fomento de la industria y del comercio, la institución de créditos bancarios y demás medios de facilitar el enriquecimiento de un país, es recomendada en el sexto postulado. El último consiste en la declaración que la moral del trabajo es la verdadera coronación ética de todas las ideas sociales.

Como internacionalista quería Alberdi una América unida, pero no como la que pretendió hacer el Congreso de Panamá para defenderse de Europa, sino unida en el sentido de ser capaz de encauzar las fuerzas dispersas de las naciones americanas para llegar a un mayor perfeccionamiento y grado de civilización. Su pacifismo se manifiesta en el libro “El Crimen de la Guerra,” en



que asegura que en ésta—violencia de naciones—el mismo sujeto es juez, reo, acusador y verdugo. Los Estados Unidos de la Humanidad—utopía que acaricia mentalmente—han de ser el término de la actual situación; mientras tanto aconseja una judicatura de paz internacional y la limitación de la fuerza armada de las naciones. Sólo es ésta permitida para asegurar el orden interno del país.

Al presentar las “Bases y Puntos de Partida para la Organización Política de la República Argentina” tenía Alberdi conciencia de dos hechos: primero, que la constitución que él aconsejaba no había de ser eternamente idónea para su país y, segundo, que solamente a base de los materiales dispersos de la sociedad caótica podía construir la ciudad futura. “La política que no sepa apoyarse en nuestros campos para resolver el problema de nuestra civilización y progreso será ciega...” dice Alberdi en sus “Cartas Quillotanas”, para expresar que solamente partiendo de lo actual, basándose en lo existente, se podrá proceder a aquella reconstrucción radical, a la población de los desiertos, a la unión del país por medio de vías de transporte y a la minoración de las distancia, que propugna y defiende.

Cuatro factores son considerados, según Posada, en el estudio realizado en “Las Bases”; el histórico, el geográfico, el étnico y el ideal. De allí su valor de concepción integral, de allí que hasta ahora la Constitución Argentina sea la heredera de las ideas de Alberdi. Y en ella el epitafio del prócer del pensamiento argentino, del prócer de la organización, que, según él, es más difícil que la independencia.

Alberdi tiene la íntima convicción que el gobierno sólo puede modificarse definitivamente por la mejora de los gobernados. Para llevar a cabo esta mejora propugna leyes que faciliten la inmigración de elementos aptos para la libertad, esto es, hombres que trabajen.

La democracia como forma de gobierno—el fondo, para Alberdi, debe ser la nación misma—y un poder ejecutivo fuerte, pero sujeto a una constitución han de presidir el mecanismo estatal. “Lo peor del despotismo no es su dureza, sino su inconsecuencia, y sólo la constitución es inmutable.”

La libertad de cultos, es otro de los ojos de la constitución argentina: "la libertad religiosa es tan necesaria al país como la misma religión católica" pero el estado "debe mantener y proteger la religión de nuestros padres;" "será necesario pues consagrar el catolicismo como religión de estado, pero sin excluir el ejercicio público de los otros cultos cristianos. La libertad religiosa es el medio de poblar este país. La religión católica es el medio de educar estas poblaciones."

El autor de "Las Bases" considera la unidad como el término de una evolución política, pero en vista de las discordias entre unitarios y federales—y teniendo en cuenta el carácter transitorio de la constitución que se había de votar—aconseja un federalismo unitario, vale decir un unitarismo federal.

Y por último podemos decir para subrayar lo ya expuesto en el párrafo dedicado al carácter sociológico, que, para Alberdi, habían de consignarse en la constitución como puntos esenciales: la libertad de comercio, las facilidades a los inmigrantes, la construcción de vías de comunicación y las garantías a los capitales extranjeros.

Por la industria, cree Alberdi, vendrá la educación y la moralidad: más útil es el martillo que la pluma.

El autor de "Las Bases" supo sentir el problema íntimo del pueblo y por eso se nota en este libro una comprensión profunda del problema constitucional de la Argentina, así como de Sud América en general.

### **Significación de Alberdi**

La batalla de Monte Caseros colocó en las manos de Justo José de Urquiza los destinos de la Argentina, pues aunque sólo era Encargado de las Relaciones Exteriores de su país, representaba la fuerza y el prestigio, gracias a su ejército y a la victoria obtenida sobre Rosas. En aquel año—1852—Alberdi, a la sazón en Valparaíso, publicó "Las Bases," con el objeto que sirviera de guía al Congreso Constituyente Argentino. La confección de este libro y su envío al General Urquiza dieron lugar a la formación del binomio Alberdi-Urquiza, en el cual uno representaba el pensamiento y el otro la acción.

Las "Bases" representan la culminación del pensamiento elaborado en obras anteriores y fuera de ésto la aspiración de todo argentino de buen sentido en aquel momento político. "Alberdi tuvo la gloria de poner su firma al pensamiento de toda una época" ha dicho José Ingenieros. Mas sólo Alberdi era capaz de resumir con tal claridad y precisión ese pensamiento. Alberdi fué el hombre del momento, fué el hombre que encontró la oportunidad, o, quien sabe, la oportunidad que supo hacerse hombre.

Es Juan Bautista Alberdi el perfecto estadista del siglo XIX, con sus preocupaciones doctrinarias, su liberalismo—llamado espíritu conservador—y su interpretación económica; es el hombre que sabe cimentar en su cultura su concepción política y que observa la realidad, que busca la teoría más conveniente a su pueblo, pero que también esté de acuerdo con él.

Por lo demás es el polemista, el escritor, el periodista severo, que observa desde lejos—desde arriba,—que lleva a tierras remotas su mentalidad para defender a su país contra los malos gobiernos y las potencias extrañas, el hombre de élite que es estimado por sus conciudadanos, pero que no los emociona, en fin, el hombre que no llegó al gobierno, pero que supo dar forma a las ideas que rigen su país.

### **Idealismo práctico y realismo teórico**

La fisonomía espiritual, el contenido anímico de Juan Bautista Alberdi se puede definir como la existencia ilógica de un ser que se cree perfectamente encuadrado—en cuanto actúa—en las normas del bien pensar. Su realidad existencial, su alma, no reconoce trabas ni se ajusta a axiomas, pero su espíritu, su yo nacido de la cultura y observación, le hace creer que su desenvolvimiento interno y supramaterial se realiza dentro del campo de lo lógico, de lo previsible.

De joven, cuando aún tenía delante la posibilidad—casi la seguridad—de actuar, de ser hombre de acción, se manifiesta filósofo y literato, es músico que estudia simultáneamente los acordes de un minuet y siente el vaivén arrullador del vals. De viejo cuando ve que ya pasó la hora de ser hombre de estado, cuando

sólo es una sombra simbólica, cuando la veneración ha desplazado la posible popularidad, entonces quiere actuar, quiere ser hombre práctico, quiere que sólo lo útil tenga validez, quiere, en fin, ser lo que de joven olvidó de ser.

He allí su contradicción, que cree lógica; he allí su tragedia, que atribuye exclusivamente a sus enemigos, cuando en realidad ha sido él el autor de su tragedia, porque ella es el enlace entre su alma y su espíritu.

En el momento de esplendor de su intelecto, la acción se esconde tras el pensamiento y éste se oculta tras aquella. Su mocedad quiere ser vejez y su vejez mocedad, las ideas se hacen prácticas y las realidades teóricas; surge el complejo existencial de Alberdi; su realismo teórico y su idealismo práctico.

El realismo teórico consiste en captar el medio ambiente, en sentir y traducirlo en fórmulas sustantivas, en convertir la realidad en teoría, en dar las soluciones en ideas basándose en las cosas palpables, en establecer la ley fundamental partiendo de los diversos hechos aislados, en fin, en saber indicar el contenido supremo de los fenómenos reales.

Pero nunca fué dado a Alberdi aplicar sus fórmulas ni hacer cumplir sus postulados, por eso no tenía la evidencia que la realización es tan difícil como la definición y requiere a su vez de leyes y postulados. Otros hombres, amigos o enemigos, habían de aprovechar las semillas fecundas del ilustre jurista y esparcirlas por el campo de la realidad.

El idealismo práctico se manifiesta en la facilidad con que Alberdi acomodaba los medios a los fines, aclimatava las ideas extranjeras al suelo de su patria y hacía aplicables en la pampa desierta los axiomas nacidos bajo la columnata del Louvre. Solamente un hombre de gran cultura, gran visión de la realidad y mucha inteligencia era capaz de transformar los ideales de Cousin y Saint Simón en leyes aplicables a la Argentina; Alberdi—el ecléctico de espíritu y doctrina—fué capaz de llevar a cabo esta empresa.

Otro de los complejos de Alberdi consiste en la convivencia de su timidez—que sabía ocultar a sus propios ojos—con la afirmación constante de sus ideas, afirmación que hacía, pese a los

improperios de sus enemigos y las privaciones y vicisitudes en que se encontraba.

Sus ataques a Mitre y Sarmiento—con los cuales hubiese podido congraciarse con una ligera frase de elogio—y su defensa del Paraguay en la guerra de ese país contra los aliados—Alberdi no tenía patriotismo territorial—son pruebas de su entereza y bizarría intelectual.

La cultura de Alberdi era vasta; en “Mi Vida Privada” hace una reseña de sus autores favoritos: los adalides del pensamiento de los siglos XVIII y XIX. Hombre raro, Alberdi, que sabía hermanar las concepciones de Kant con los pensamientos de Pascal.

La fuerza y optimismo que en sus obras se manifiesta, contrasta con su carácter melancólico, su agitación en ciertos momentos con su estoicismo y su construcción metódica del pensamiento con su punzante ironía.

¿Quién sabe si los ojos negros y la sonrisa dulce de la Niña de Montevideo, tornaron melancólico y escéptico ese carácter de tizona toledana?

Si Alberdi hubiese sido un idealista teórico, lo llamaríamos hoy “el filósofo de América” y si como Sarmiento—hombre rudo pero amoldable—hubiese buscado la fórmula práctica del problema de la realidad, se le recordaría como el más grande político de la Argentina. Pero Alberdi es Alberdi—el fracasado—y sólo es digno de la palma de la victoria el hombre que ha sabido fracasar.

**Alberto Wagner de Reyna.**

1934.